

# ALTA TENSION

**A** Y Luis María Ansón, eres como un caballo en una cacharrería! Tu artículo de esta mañana en «A B C» tiene, a partes iguales, intrepidez e inocencia; y si todos los hombres eminentes que han puesto algún ladrillo en el edificio de la Historia han acotado la inocencia o la simpleza para algunas manifestaciones de la vida, ni a uno sólo se le ha ocurrido que pueda ser útil, o necesaria, para los negocios públicos, o para la política. Nuestro país da, corrientemente, muchos tipos como tú, que cuando se mueven por idealismo romántico alocado —que es tu caso— no dejan de ser admirables, pero son funestos. Si tras la ruptura del viejo orden del absolutismo monárquico cualquier acción sobre el mecanismo político constituía un problema de riesgo, a veces incalculable, a medida que fué consolidándose el principio de la soberanía popular o la naturaleza democrática del Poder, los españoles no pusimos

en ninguna parte esa señal de peligro de la calavera con las dos tibias, que aparece en los postes de alta tensión; y por esta razón, como nos sobró intrepidez e inocencia, y nos faltó malicia política y sabiduría de la Historia, España ha sido el país europeo más convulso después de aquella guerra a la que pomposamente le dimos el título de Guerra de la Independencia. Venir ahora, querido Luis María Ansón, con la sorprendente fórmula de que nuestra Monarquía futura ha de ser como la sueca o la danesa, tiene una sola objeción, y es que el proceso político contemporáneo de esos países es diferente al nuestro; que éste es un país donde los daneses o los suecos no vienen más que de paso a bañarse a nuestro Mediterráneo, mientras que está habitado corrientemente por españoles; y que

los regímenes políticos, en ese acertado propósito de continentalizar toda la política europea, tienen que tener parecidos esenciales, pero nunca formales. No hay recetas para todos porque nuestras insuficiencias, o nuestros males, son diferentes.

El conflicto de los españoles—tras la culminación de nuestras desavenencias—fué tan feroz, que hemos necesitado una larga cura de autoridad para que se aleccionara nuestro comportamiento político y como drenaje hacia la calcificación de todos los resentimientos. El proceso es largo porque las generaciones supervivientes de aquella catástrofe están todavía ahí, y en España no alcanzaremos un óptimo de convivencia hasta que los recuerdos no estén enterrados y el desarrollo económico no alcance una realidad conservadora de algo en cada familia. Ya sé que esto es pesado para las vocaciones políticas de penetración. Pero es un precio que hemos tenido que pagar por muchos años de insensateces.

La realidad política próxima de Luis María Ansón es de color de rosa y la de muchos españoles—entre los que me cuento—no es tal. De un Régimen que cumple ahora treinta años, titularizado por una personalidad política sin precedentes desde el final del absolutismo monárquico, e instaurado en una guerra civil no resuelta por convenio o pacto, sino por victoria, no se sale tan fácilmente como piensa Luis María Ansón, y ofreciéndonos como prueba de tanta maravilla la celebración de una cena en la que se encontraba el gran minifundio político de la oposición al Régimen. ¿Por qué es precisamente la preocupación sucesoria? Sencillamente, porque a una personalización de poder tiene que suceder, en su día, un sistema político. Y el momento de hacer un sistema político, a rendimiento conveniente, es hoy, y no pasado mañana; es con las mimbres actuales, y no con cartas de recambio; es en la evolución de esto, y no en problemáticas cosas que esperan. El contertulio del relato de una cena que hace Luis María Ansón era don Hermenegildo Altozano, «el político de más porvenir que tiene el Opus Dei», según afirma, y que, evidentemente, le vemos figurar en las actividades monárquicas más ostensibles. Pues bien, querido Luis María Ansón; cuando Hermenegildo Altozano fué gobernador civil de Sevilla con el Régimen, encarceló a nuestro redactor en aquella ciudad Manuel Benítez Salvatierra, sencillamente porque nuestro compañero se había atrevido a señalar las deficiencias de unas obras que tenían que haberse realizado en el río Tamarguillo que ocasionaba las inundaciones de Sevilla. Seguramente este hombre tendrá mucho porvenir en el Opus Dei, pero de monárquico liberal que va a contribuir a restablecer las libertades de Noruega en nuestro país tiene unas dosis bastante modestas. Confío que el paisaje monárquico sea más atractivo. Y puesto que eres amigo de mencionar noticias o éxitos de restaurantes (de cuyo asunto yo podría hacer algún libro para que pasara buenos ratos el país, ahora que ha comenzado el periodo de vacaciones), te recuerdo una cena muy reciente con un grupo muy selecto de monárquicos, donde dijiste todo eso que ahora has publicado en «A B C» y, naturalmente, pusiste a todos la carne de gallina porque admirándote todos mucho, solamente proclaman que creen en lo que dices todos los que tienen menos fe en la Monarquía. Si no fuera porque el Régimen en su situación actual, sin perjuicio de que es más poroso o permeable, tiene todos los resortes de poder

# ALTA TENSION

(Viene de la pág. anterior.)

y de autoridad, tus amigos los monárquicos, tras leer el artículo que has publicado, cogerían las maletas y esperarían acontecimientos detrás de la frontera. La única propaganda monárquica que se puede hacer con tranquilidad de todos los monárquicos es en el Régimen, porque todos saben que no va a pasar nada. Los monárquicos de solera, no los otros, se pasan el día ensalzando a la institución pero luego se miran hacia sus cosas y dicen: que dure esto, y se pasan el día explorando la salud de Franco preguntando la cara que tiene a todos los que le ven. ¡Es natural!

El Régimen, en sí mismo, lleva el fermento de la evolución; son las realidades nuevas y el sentido crítico de las nuevas generaciones. La ley de Prensa está siendo un factor de evolución a tope de la resistencia política estructural. Se anuncia una ley Fundamental de poderes, y ya está en puerta una nueva ley Sindical. Ayer tuvo una ley, en las Cortes, setenta votos en contra, más todos los que no votaron todavía por timidez a no dar la cara y que se evaporaron en los pasillos. La solución política responsable es accionar delicadamente los mecanismos de autoridad y de libertad desde ahora mismo, desde aquí dentro, en la legalidad de los organismos, desde los periódicos, y no en los restaurantes, para que ninguna de las dos resulte abusiva: o lo que es lo mismo: para evitar una descomposición política hacia la libertad o hacia la autoridad. El pueblo español aspira a este equilibrio en orden. Toda la fuerza moral que me da ser un evolucionista en activo del Régimen (con todas las consecuencias de arañazos, de vilezas y de incomprendiones que esta conducta me ha reportado) me obliga a salir al paso de la inmoderación fantástica, precisamente para defender todo aquello que un romanticismo político anticuado, una carencia de análisis histórico y de vivencias, puede poner en peligro cuando todo está a la mano, porque de todo venimos experimentados y doloridos, y ya sabemos, poco más o menos, qué es lo que podemos alcanzar en fase con nuestros problemas, y qué novedades aprovechables tiene el muestrario político para nuestras realidades presentes.

El Régimen ha estado cargado de botafumeiros a todo; y ahora, cuando empezamos a librarnos de ellos, porque el país está entrando en una fase de compromiso político y de actitud crítica, aparecen los botafumeiros de una Monarquía que no tiene en su haber más que la esperanza de una legitimidad sucesoria de la vieja Monarquía fenecida. Pienso que hay otra dialéctica monárquica más realista y entonada, más convincente y prometedora. Si esto no fuera así, ya ni siquiera podríamos muchos verla con expectación. El problema sería grave, porque si la Monarquía tiene un serio déficit nacional para verla ahora mismo como solución, y solamente se la considera, inicialmente, como salida, en el momento en que administrara mal esta mínima confianza disponible habría arrojado por la ventana todas sus posibilidades. Por una ventana que no quisiéramos que fuera la de nuestro querido y admirado colega «A B C».

ROMERO